

Náufrago en el Mar de Árboles

Paulette Jonguitud

Muchas veces había subido al taxi un hombre que decía: Aokigahara. Con eso era bastante para que yo no quisiera mirar por el retrovisor. Los conozco, son todos iguales: cuarenta o cincuenta años, traje oscuro, cabello corto, ojos hinchados. Sólo escuchar el destino era suficiente para comprender que aquel hombre no iba a volver.

En varias ocasiones, cuando regresaba a la ciudad tras haber llevado a uno de aquellos hombres que me parecían siempre el mismo, miraba por el retrovisor para ver alejarse el monte Fuji y me hallaba con un joven sentado en el asiento trasero, los ojos inundados de lágrimas, mirando por la ventana. Yo: callado. Mejor no decirle: señor, usted ya no salió del Mar de Árboles. Son necios, los fantasmas; al menos eso se dice, que no hay que discutir con ellos.

Al subir el hombre aquel dijo Aokigahara y yo fijé la vista en el camino. Algunos lloran, los vivos, quiero decir, algunos lloran, otros quieren hablar, los más van en silencio. Él era de esos a quienes apenas y se escucha respirar, de los que ya están lejos, sólo les falta el paso práctico. Y es que viajan en taxi porque de caminar a la orilla de la carretera, serían detenidos por la policía por el simple hecho de vestir traje. Ya se sabe a lo que van.

En la carretera, al salir de Narusawa, nos hallamos con un camión volcado; tuve que dar un volantazo y ya librado el obstáculo me dirigí al hombre: disculpe. No se preocupe, me respondió la voz de mi hijo. Nos miramos a través del retrovisor. Sólo yo supe lo que fuimos. Él no pudo reconocerme, nos habíamos visto apenas dos semanas antes y ahora no sabía quién era yo, quién él.

Comprendí entonces: era inútil intentar detenerlo.

Aunque de algún modo debió de reconocerme, al abordar todo en él indicaba silencio: párpados caídos, brazos cruzados sobre el pecho. Pero de pronto habló, casi como si pensara en voz alta: Primero fue el señor Matsuo, tiene la edad de mi padre; tuve que decirle: no habrá aumento, él me miró ofendido, dijo: no es posi-

ble que mi yerno gane más que yo, tiene treinta años, ¿cómo voy a explicar esto en mi familia? Lo siento, lo siento. Esa noche se colgó con una cortina en su despacho. Después fue Kanno; le comuniqué la desaparición de su puesto; por la tarde se lanzó a las vías del metro en la línea Chuo; no pensó en su familia, no pensó en nada; la empresa de trenes cobró a la viuda una buena cantidad por las pérdidas en tiempo y dinero. Y al fin Hunma me llama. Sé lo que dirá. Mi esposa. Mi hija. Espero no me encuentren pronto, espero desintegrarme hasta ser una pila de huesos.

Pensé en recordarle que la cosecha era la semana siguiente, que centenares de hombres entrarían en el Mar de Árboles, como cada año, a recuperar los cuerpos de gente como él. “La cosecha de la muerte”, la llaman los periódicos occidentales. Pero, ¿qué esperan que hagamos?, no se puede dejar tantos cuerpos ahí, a pudrirse. Sólo dije: Espero no le encuentren.

Hicimos el resto del viaje en silencio.

Lo dejé en el lote de estacionamiento, al pagar me rozó la mano con la punta de los dedos y por un instante casi pareció reconocerme. Luego lo vi caminar hacia la espesura. Ni una lágrima me cayó de los ojos, hundido en ese dolor inmóvil, ni una lágrima y yo ahí sentado tras el volante mientras mi pequeño se internaba entre las hojas.

Me pareció ver algunas siluetas en traje asomar desde los troncos, acaso salían a recibirlo, a guiarlo, a decirle: no estás solo, somos muchos.

Pasó de largo junto al letrero negro que puso la policía: “La vida es un precioso regalo que le han hecho sus padres. Piense, en silencio, en sus padres, en sus hermanos, en sus hijos. No agonice en soledad, por favor consúltenos”. ¿Habrá quien se detenga a leer aquello? Mi hijo pasó sin siquiera verlo, tan lejos iba ya del mundo.

Nada dije al volver a casa; pasé la noche en vela, imaginando cómo lo haría. En el bosque casi todos se cuel-

gan de un árbol, muy pocos se cortan las venas. En invierno hay quienes simplemente se tienden en la nieve hasta quedarse dormidos.

Al amanecer sonó el teléfono y supe que era su esposa. Lo más que pude decir fue: le despidieron. La mujer quedó en silencio.

Creo que comprendió.

Seis días después yo estaba entre los voluntarios de la cosecha. Había bomberos, policías, nosotros. Dieron la orden: adelante, y nos internamos en Aokigahara. Es un lugar hermoso, casi todos los árboles son de troncos delgados, crecen muy juntos y les abrazan enredaderas, musgo, una alfombra de agujas de árbol secas. No sé muy bien qué hacía yo ahí.

Fui de los últimos en entrar, dejé que avanzaran quienes ya conocían el Mar de Árboles, quienes no tenían un hijo colgando de alguna rama. Pronto me quedé solo e inicié lo que sería una corta caminata. No pude avanzar mucho. Imaginé verlos por todas partes: colgaban de cada árbol, preparaban el nudo de la cuerda, lloraban sentados sobre el piso, se adentraban en busca de un sitio adecuado.

Todos hombres. Todos derrotados.

Comencé a marearme, caí, dos voltearon a verme, acaso imaginaban que era uno de ellos. No supe quién me sacó al estacionamiento. Cuando recobré la conciencia estaba tendido en una ambulancia. No fui el único, por supuesto. Entre los voluntarios siempre hay tres o cuatro desmayos. Miré en derredor; sobre el asfalto estaban tendidas setenta y ocho bolsas oscuras que contenían cuerpos. Setenta y ocho. Las conté. ¿Lo habrían encontrado?

En la ambulancia estábamos cuatro. Uno dijo haber sido el primero en hallar un cuerpo: No lo vi hasta que tuve sus zapatos frente a los ojos, no sé por qué yo andaba buscando por el suelo y de pronto esos zapatos me quedaban a la altura de la nariz; miré hacia arriba, lento, las piernas me parecieron larguísimas; no llegué a verle la cara; grité: ¡aquí hay uno! Tuve bastante. Otro contó: Hallamos la cintura de un pantalón sobresaliendo de un montecito de hojarasca; dentro sólo huesos. Uno más dijo no poder quitarse de la mente la imagen de una mano cerrada en puño, que asomaba de la manga de un traje azul marino, la piel tenía manchas moradas y estaba cubierta de moscas.

Quise ponerme en pie y abrir la cremallera de aquellas bolsas hasta dar con el rostro de mi hijo. Era un impulso patético. No me moví. Supe por uno de los bomberos que el bosque era tan grande y tan cerrado que muchos cuerpos nunca aparecían; esa tarde hallaron pilas de huesos que debían de tener ahí varios años.

¿Conoce a alguien que haya venido a morir aquí?, preguntó el bombero. Le dije que en más de una ocasión había llevado en el taxi a mujeres y niños que iban a Aokigahara en busca de un padre, de un hijo perdido. Vuelva a casa, abuelo, me dijo, aquí no hay más que bolsas negras. Abordé el primer transporte que abandonó aquel sitio.

Me llamo Kawahito y nunca he tenido un perro.

Tuve, una vez, un hijo. **u**

Paulette Jonguitud (Ciudad de México, 1978) es autora de la novela *Mobo* (2010).



Bosque Aokigahara, Japón